

LA GENERACIÓN DE MEDIO SIGLO.

TESIS HISTORIOGRÁFICA SOBRE UNA

CATEGORÍA DEL DISCURSO

Leonardo Martínez Carrizales*

I. La generación como *lugar de la memoria* y *lugar retórico*

[En el pasado reciente de la crítica y los estudios consagrados a la cultura mexicana, la “Generación de Medio Siglo” se convirtió en una categoría de conocimiento y en una fórmula del discurso tan aceptadas y difundidas como ocurriera en otro tiempo con las relativas al “Ateneo de la Juventud”, la “Generación de 1915” o “Contemporáneos”, por sólo citar algunos ejemplos. Tal y como sucede con estas denominaciones –verdaderos principios organizadores del entendimiento, el discurso histórico y, hasta cierto punto, el juicio estético–, “Medio Siglo” ha permitido a la comunidad intelectual y creadora de nuestro tiempo seleccionar y establecer, de acuerdo con un relato que se atiene al patrón cronológico de las generaciones, un universo más o menos constante de autores, libros, lecturas, valores y conductas públicas.

En este sentido, quienes han adoptado la categoría de Generación de Medio Siglo asumen, con algunos matices, el hecho de que los integrantes de este universo literario hayan nacido, aproximadamente, entre los años 1920 y 1935, y

* Departamento de Humanidades, UAM-A.

hayan dominado el escenario de la cultura mexicana desde la segunda mitad de los años cincuenta hasta los tempranos años setenta. Este escenario se asienta en instituciones culturales de la ciudad de México que, sin excluir el ámbito escolar, tienden a desarrollar un sistema simbólico alternativo al aparato docente con el que cuenta el Estado mexicano, orientado a satisfacer la demanda de sectores medios, profesionales, no necesariamente familiarizados con los productos más complejos de la educación universitaria. Así es que la categoría de la cual nos ocupamos en estas páginas ha sido construida con base en indicadores urbanos, profesionales, juveniles y centralizadores en términos geográficos; indicadores que parecen duplicar en el territorio del conocimiento sobre el pasado literario de México los intereses de quienes luego de los años cuarenta tomaron poco a poco el control de los procesos simbólicos del país y han sido beneficiados por sus pautas de desarrollo material.

A estas coordenadas fundamentales se añaden los siguientes *lugares comunes* que vienen a caracterizar en el discurso a la comunidad que nos atañe: la crítica de todos los órdenes de la vida pública y artística, el aprecio de los valores estéticos de la obra de arte por encima de cualquier otra consideración de orden político y social, la originalidad y la novedad entendidos como oriente que dirige la expresión del sujeto creador, el cosmopolitismo, una inclinación a favor de los valores de la modernidad que no excluye la crítica, y el rechazo de los discursos nacionalistas consolidados gracias al influjo de la Revolución Mexicana de 1910. En estos *lugares comunes* del discurso a propósito de la Generación de Medio Siglo también reconocemos la huella de los fenómenos fundamentales del desarrollo de México impulsado por las políticas públicas de industrialización y sustitución de importaciones cuya manifestación más espectacular fue el crecimiento de un espacio urbano incluso en menoscabo del pasado agrario, tradicional, de México.

De acuerdo con este modo de plantear el problema, los discursos que cruzan en todas direcciones las zonas de la vida cultural correspondientes a los actores históricos de la Generación de Medio Siglo reivindican las categorías ideológicas y las formas simbólicas del proceso modernizador y racionalizador que ha sido constante desde el Estado Borbón hasta el Estado revolucionario, pasando por los Estados liberal y porfirista; proceso controlado por las minorías letradas en cualquiera de las figuras socialmente construidas que hayan adoptado con el paso del tiempo. Las personalidades de Medio Siglo, con todo y la retórica de liberación social y revolución política que caracteriza a algunas de ellas, pertenecen a esta órbita de la gestión cultural y en ella operan; es decir, confían sin lugar a dudas en conducir iniciativas de racionalización y modernización de la sociedad con base en los patrones que asimilan a partir de los sistemas conceptuales propios de su identidad letrada.

De este modo, y sólo por traer a estas líneas algunos casos en cuya consideración se ponen en juego los *lugares comunes* del discurso modernizador que suele acompañar a la Generación de Medio Siglo, señalemos la obra y la personalidad de narradores como Carlos Fuentes, Elena Garro, Juan García Ponce y Sergio Pitol; poetas como Rubén Bonifaz Nuño, Marco Antonio Montes de Oca, Eduardo Lizalde y Tomás Segovia; ensayistas como el propio Fuentes, Carlos Monsiváis y José Emilio Pacheco; dramaturgos como Emilio Carballido, Sergio Magaña, Luisa Josefina Hernández y Jorge Ibargüengoitia; directores escénicos como Héctor Mendoza y Juan José Gurrola; periodistas como Julio Scherer y Vicente Leñero; los suplementos culturales dirigidos por Fernando Benítez, etcétera. Todos ellos ingresaron en el relato historiográfico de las letras mexicanas en un horizonte predeterminado gracias a los valores que construyen la categoría de Generación de Medio Siglo. El prestigio y la consolidación de tales valores no sólo ha tenido en cuenta el trabajo de estas personalidades, de suyo estimable, sino también el auge de nociones

ideológicamente próximas que han cobrado una gran importancia en otros ámbitos del discurso; por ejemplo, el desarrollo y el progreso en el terreno de la economía; el cambio y el conflicto sociales en la sociología; los movimientos de liberación nacional, el orden internacional de la Guerra Fría y, en fin, una serie heteróclita de acontecimientos sociales que favorecieron la consolidación de una categoría del entendimiento y expresión de la realidad organizada en torno a un campo discursivo constituido por vocablos como *cambio*, *avance*, *transformación*, *juventud*, *relevo generacional*, *desarrollo*, *innovación*, *modernidad* y algunos otros términos concurrentes.

En consecuencia, “Generación de Medio Siglo” es una categoría cuya construcción lleva en sí la huella de su propia historicidad, su propia inscripción en el tiempo, pues condensa los elementos diversos de un discurso modernizador acerca de la realidad que fue plenamente inteligible en México hacia el periodo cuando se formularon en representaciones estables los acontecimientos que la categoría que nos atañe pretende recoger y exponer. Estas operaciones del discurso que ocurren en el proceso de articulación de la categoría Generación de Medio Siglo son la materia de estas páginas.

En este artículo, no quisiera incurrir en una crónica más de la llamada Generación de Medio Siglo, o de alguno de sus sectores específicos;¹ este modo del relato predominantemente

¹ Al hablar de los “sectores” de la Generación de Medio Siglo me refiero a ciertas denominaciones que, con base en experiencias artísticas e intelectuales muy específicas, señalan la convivencia de algunos personajes de la época en un tiempo y un espacio muy determinados. Así se habla, por ejemplo, de la “generación de la Revista Mexicana de Literatura”, la “generación de la Casa del Lago” o la “generación de los cincuenta”, entre otros nombres. Sin embargo, estas denominaciones ni se han generalizado en el relato histórico de las letras mexicanas, ni alcanzan a dar cuenta de una estación completa en el curso de la cultura de nuestro país. En cualquier caso, prefiero reconocer la primacía en el debate intelectual que, a mi juicio, corresponde a la categoría “Generación de Medio Siglo” en virtud de la abstracción teórica que distingue algunas de sus claves interpretativas.

descriptivo antes que analítico, anecdótico y centrado en particularidades, prima en los trabajos de conjunto dedicados al estudio de este capítulo de nuestro pasado literario. Esta proclividad por las anécdotas y los testimonios de vida se ha visto fortalecida en un entorno donde se ha vuelto habitual la historia inmediata, decididamente emotiva, drásticamente personalizada, que los propios protagonistas de la cultura literaria del periodo practican con el propósito de construirse a sí mismos en tanto sujetos públicamente inteligibles, legitimando sus puntos de vista, sus elecciones públicas y sus creencias artísticas.² Hablo de estrategias y procedimientos del discurso que construyen el *pasado inmediato*, según la feliz expresión de Alfonso Reyes, en cuya elaboración este hombre de letras empeñó tanta atención como esfuerzo. Pero así como sucedió en el caso del autor de *Visión de Anáhuac*, los procedimientos y las estrategias del discurso siempre elaboran un pasado inmediato desde un punto de enunciación sesgado, parcial, irremediamente comprometido con el interés del momento en el cual ocurre el acto del recuerdo y la escritura del recuerdo.

El pasado inmediato no sólo recupera los acontecimientos que pasaron, sino también el hecho mismo de esa recuperación.

² En el pasado reciente, los acercamientos de carácter crítico a la Generación de Medio Siglo se han multiplicado. En términos generales, estos acercamientos están fuertemente condicionados por el discurso periodístico y por el prestigio de algunos integrantes de la generación, todavía muy influyentes en nuestra institución literaria. A este respecto, las entrevistas han sido un recurso muy atendido para difundir esta clase de perspectivas críticas y testimoniales. En consecuencia, el examen crítico cede terreno frente a la divulgación de rasgos anecdóticos promovidos tanto por la influencia personal como por los documentos de corte autobiográfico escritos por los protagonistas de la época que nos atañe. El retrato de conjunto más reciente del cual tengo noticia corresponde a Armando Pereira, *La Generación de Medio Siglo*, México, Universidad Nacional Autónoma de México/ Instituto de Investigaciones Filológicas, 1997. Este trabajo sigue la influencia dominante que la perspectiva anecdótica, narrativa y emotiva tiene sobre el conocimiento de la Generación de Medio Siglo.

Así, el peso y el atractivo del pasado inmediato en nuestros días estimula la formulación y la acreditación de varios relatos referidos a memorias colectivas diversas y dispersas, pertenecientes a comunidades restringidas, urdidas en torno a un núcleo de intereses muy específico que, en modo alguno, puede generalizarse. En estas memorias cobra un mayor peso el sujeto en detrimento del grupo; en estas formulaciones prima la personalidad, el individuo destacado en el discurso público gracias a que encarna, o dice encarnar, los valores de la comunidad simbólica dominante durante el proceso de modernización de la sociedad mexicana posrevolucionaria: la prosperidad, el talento, la inteligencia... Citemos un ejemplo a este respecto.

Cuando Carlos Fuentes se presenta a sí mismo en una de las elaboraciones del pasado inmediato más significativas con que cuenta la Generación de Medio Siglo, este escritor proyecta sobre todos sus coetáneos su experiencia estudiantil, generalizándola. Gracias a esta estrategia retórica, un dato de la biografía personal se convierte en una de las claves de la caracterización de una comunidad generacional sin otro sustento que la autoridad del sujeto enunciante:

¿Puedo, en fin, hablar de *mi* tiempo? Estos fueron los años de *nuestra* juventud. *Teníamos* todos, al iniciar la década [1953] entre los veinte y los veinticinco años. *Asistíamos, mayoritariamente*, a los cursos de la Facultad de Derecho en las calles de San Ildefonso. [...] para muchos de *nosotros* el Derecho era la puerta falsa para entrar a algo que, nebulosamente, *llamábamos* "la cultura". Muchos *estábamos* allí porque, habiendo declarado en casa *nuestra* vocación por las letras o la filosofía, *recibimos* la respuesta categórica: Te morirás de hambre. Primero haz una carrera y luego dedícate a lo que quieras. [...] Por fortuna, *nuestro* paso por Derecho coincidió con la gestión de un director combativo e imaginativo, Mario de la Cueva, un hombre apasionado de la justicia pero también de la cultura.³

³ Carlos Fuentes, "Radiografía de una década: 1953-1963", *Tiempo mexicano*, México, Editorial Joaquín Mortiz, 1971, p. 56. Los hincapiés

Al llevar a cabo la generalización de esta experiencia escolar, Carlos Fuentes convierte el dato biográfico de su paso por las aulas de la Facultad de Derecho en una figura retórica según la cual la parte indica el todo: su propia educación universitaria se postula como elemento constitutivo de la comunidad generacional. Ciertamente, este hecho se autoriza en el discurso en virtud del prestigio que ha cobrado la experiencia personal en los dispositivos de enunciación de un grupo en el cual han tenido lugar drásticos procesos de individualización gracias al nivel educativo que impera en sus integrantes, la índole profesional de las tareas que desempeñan y los patrones que siguen sus consumos de todo tipo llevados a cabo en un entorno urbano. En suma, el hombre de letras comienza a ser concebido hacia los años sesenta como una celebridad que se apoya y obtiene reconocimiento en los sectores medios de la pirámide social que lo han alimentado. En otras palabras, este sujeto histórico encarna las aspiraciones de individualidad y distinción propias del sector sociocultural que hemos aludido.

A este respecto, el pasado inmediato no puede ser sino una narrativa personal, con potencia para convertirse en la de un grupo socialmente homogéneo, y en modo alguno, como antaño, una narrativa de la república, del ciudadano o del Estado. En virtud del auge de los instrumentos por medio de los cuales se difunde el pasado inmediato y se acredita como un registro alternativo a los relatos historiográficos tradicionales, éstos tienden a reelaborarse bajo el influjo de estas memorias

son míos y tratan de subrayar el deslizamiento generalizador de la experiencia que va de la primera persona del singular a la primera persona del plural. Este ensayo, publicado originalmente en 1963, es el primero de los panoramas testimoniales que sobre la generación escribió uno de sus protagonistas. Bajo este punto de vista, su influencia sobre la construcción y difusión de la Generación de Medio Siglo ha sido muy significativa.

colectivas, siempre plurales, diversas y provisionales; inestables y arbitrarias; polémicas y parciales.⁴

Tal es el caso de la Generación de Medio Siglo, categoría del conocimiento y categoría del discurso postuladas con base en las memorias colectivas que algunos personajes notables situados en las coordenadas espaciales, temporales e ideológicas a las cuales hemos aludido brevemente, como Carlos Fuentes, cultivan, acreditan y proyectan cuidadosa, diligentemente, poniendo en movimiento todos los recursos a su alcance. En última instancia, y sin disminuir un ápice su valor literario, estas memorias sancionan la posición dominante que los sectores medios, profesionales y modernizadores ocupan en la estructura simbólica de México a partir de los años cuarenta, cuando las políticas públicas del Estado mexicano se apartan del sustrato agrario del país y plantean la conveniencia de auspiciar un proyecto de industrialización. Por lo tanto, el éxito de estos discursos como relatos del pasado de la cultura mexicana no sólo estaba asegurado como proyección del orden social vigente hacia los años sesenta, sino que también ha sobrevivido a la erosión del análisis crítico, pues sus claves modernizadoras han permanecido como eje del modelo político de México.

Me parece conveniente proponer una reconsideración de la categoría Generación de Medio Siglo como producto de la memoria colectiva cuya construcción ha sido responsabilidad de un grupo restringido de escritores y artistas; instrumento regulador de las operaciones históricas, el juicio estético y las formas expresivas que se refieren a este apartado de las letras mexicanas del siglo XX; categoría vigente en virtud de que tematiza las orientaciones dominantes del orden social mexicano. De acuerdo con este proyecto, sería deseable examinar los instrumentos y las circunstancias gracias a los cuales

⁴ Jacques Le Goff, *Histoire et mémoire*, Paris, Gallimard, 1988 (Folio/Histoire), pp. 170-171.

esta categoría se impuso con buena fortuna en el discurso historiográfico de la literatura mexicana, articulando en torno de un núcleo muy concentrado de ideas un repertorio de obras y un catálogo de autores tan amplio como heterogéneo, cuando no abiertamente contradictorio.

Si alguna utilidad hoy puede tener la idea de generación en los estudios literarios y en la historia cultural, ésta radica en el escrutinio de la riqueza simbólica y las circunstancias sociales gracias a las que una generación se construye y se impone en el diálogo de una comunidad. Así, la generación no puede ser todavía, como lo fue para José Ortega y Gasset, una realidad biológica proyectada en el relato historiográfico; en cambio, podría ser el mapa colectivo de una estratificación de las redes de sociabilidad de una comunidad cultural.⁵ Actualmente, antes que un instrumento, la generación es un objeto del conocimiento histórico; es una categoría y un lugar retórico que nos permite investigar la condición histórica y social de las formulaciones por medio de las cuales los actores del periodo se proyectaron simbólicamente a sí mismos en el terreno común de la organización social y de los intereses colectivos.

Estamos de acuerdo con el historiador Pierre Nora cuando sugiere que un estudio de las generaciones como agentes del cambio social, bajo el supuesto de que éstas son el motor de la historia, causa eficiente del desarrollo artístico, resulta ineficaz. En cambio, una generación es una construcción ideológica, una elaboración amasada gracias a las expectativas compartidas por una comunidad, una invención del deseo compartido y un ancla de la memoria en la cual, quienes desean, se reconocen solidariamente; una generación es el producto de un discurso que proyecta en el territorio de las formas simbólicas las condiciones de la organización social en el que se articuló y difundió la idea de la solidaridad espacial

⁵ Jean-François Sirinelli, "Le hasard ou la nécessité? Une histoire en chantier: l'histoire des intellectuels", en *Comprendre le XXe siècle français*, Paris, Fayard, 2005, pp. 57-78.

y temporal de un grupo de seres humanos. En suma, para volver a la autoridad de Pierre Nora, la generación es “un producto de la memoria colectiva”, un “lugar de la memoria”.⁶ Otro historiador, André Burguière, comentó las observaciones de Nora a propósito del tema que nos atañe, con las palabras que copia en seguida:

Así se hayan proclamado a sí mismas, o hayan sido entronizadas por la opinión del tiempo, las generaciones son la proyección de una imagen retrospectiva por medio de la cual una época busca definir su singularidad, su razón de ser, y justificar su propio papel histórico. Antes que una categoría de la realidad, las generaciones son una construcción del imaginario.⁷

Los datos cuantiosos de la realidad literaria se seleccionan, se discriminan unos en menoscabo de otros, y terminan por *formalizarse* en relatos eficientes para el comercio intelectual de una comunidad histórica; durante ese proceso de selección, los relatos van recogiendo los sedimentos sociales que, pos-

⁶ Cito inmediatamente el comentario que el historiador André Burguière ha hecho sobre las proposiciones de Pierre Nora, base de las postulaciones del pasaje que da pie a esta nota: “Au lieu de s’obstiner à vouloir mesurer leur impact [el de las generaciones] sur le changement social et à retrouver en elles le moteur caché du mouvement de l’histoire, Pierre Nora a proposé récemment de les considérer comme des productions de la mémoire collective, comme des ‘lieux de mémoire’. Son étude sur les usages de la notion de génération constitue un discours de la méthode incontournable pour les historiens tenté d’analyser en termes de générations l’évolution des manières de vivre et de penser”. A. Burguière, “Les rapports entre générations: un problème pour l’historien”, en *Communications* 59 (1994), p. 16.

⁷ Cito a continuación el párrafo original de A. Burguière al respecto: “Qu’elles se soient proclamées elles-mêmes ou qu’elles aient été intronisées par l’opinion du temps, ces générations sont la projection d’une image retrospective de soi par laquelle une époque cherche à définir sa singularité, sa raison d’être, et à justifier son rôle historique. Avant d’être une catégorie de la réalité, elles sont une construction de l’imaginaire”. *Loc. Cit.*

teriormente, permitirán situar la formación de un discurso generacional en coordenadas precisas de orden espacial, temporal y simbólico. En consecuencia, la generación es una categoría que sedimenta algunos datos del pasado de acuerdo con un modo particular de ponderarlos en la experiencia personal de quien formaliza dicha categoría, pero también encontramos en ese sedimento los universos conceptuales, los valores y las formas simbólicas por medio de las cuales los datos se organizan, se difunden y se convierten en materia de apropiación efectiva. Por ello, la generación es el producto de una elaboración del imaginario social, la proyección de una imagen retrospectiva avocada en la memoria de una comunidad específica, un horizonte de enunciación desde el cual la comunidad solidaria en su propia imagen retrospectiva se expresa y aspira a ser convalidada en la imaginación de quienes reciban sus enunciados.

En última instancia, la generación es un *lugar de la memoria*, pero también es un *lugar retórico*; de acuerdo con la primera parte de la frase, la generación selecciona una parte del pasado y con el producto de esa selección construye una imagen que pretende ser el pasado en sí, una condensación del pasado con un valor de uso inmediato para un grupo social; de acuerdo con la segunda parte, es un argumento del discurso que lleva inscrito en sí mismo la voluntad de persuadir. Memoria y expresión (conocimiento y persuasión) se encuentran en la base de esta categoría.

2. El *intelectual* moderno, clasemediero, urbano y universitario

Hagamos un intento por plantear los datos básicos seleccionados por la categoría de “Generación de Medio Siglo”, así como también algunos elementos ideológicos, simbólicos y expresivos que contribuyeron, desde una fecha temprana, a precipitar este *lugar de la memoria* y este *lugar retórico* de las letras mexicanas.

Los primeros datos de la Generación de Medio Siglo que se han registrado en documentos con intención historiográfica y testimonial ocurrieron en un entorno polémico, cuando no francamente conflictivo, como conviene a un grupo que será caracterizado por su talante crítico y renovador. En términos generales, podemos describir ese ámbito de acuerdo con fenómenos de dos tipos. Por un lado, la revisión del modelo autoritario de acuerdo con cuyas pautas se había desarrollado el sistema político y la estructura social de México hasta los años 50; por otro, la reorganización del sistema literario vigente, tanto en lo que corresponde al repertorio de géneros y prácticas del discurso como al patrimonio preceptivo que sustentaba el gusto del periodo. Esta doble perspectiva terminará por ser uno de los rasgos distintivos más fuertes y constantes de la elaboración de la Generación de Medio Siglo como lugar de la memoria y lugar retórico de la cultura mexicana durante la segunda mitad del siglo XX. Inclusive, en su afán por caracterizarse a sí mismos, algunos escritores que se identificaron con esta categoría harán esfuerzos notables por reunir en una sola zona de su capital simbólico estas dos series de hechos. Tal es el caso de Carlos Fuentes, para quien el compromiso público de un escritor se manifiesta, en última instancia, en el desempeño de sus tareas literarias. De acuerdo con este modo de postular la identidad social del escritor, la literatura exige una conciencia crítica intransferible, metalingüística, inmanente al acto mismo de escribir; conciencia que, por el solo hecho de llevarse a cabo, redundaría en beneficio de la sociedad al liberar de rutinas y tradiciones su instrumento y sus recursos de comunicación.

Nunca pude creer [...] en la falsa disyuntiva entre el artepurismo y el arte *soi dissant* comprometido. [...] una visión colectiva sólo es válida si nace de un compromiso real con la forma artística empleada, que a su vez es la expresión de la personalidad del artista; y [...] una visión individual válida, a la inversa, siempre nos ofrece la visión social más cierta.

[...] Lo que un escritor puede hacer políticamente, debe hacerlo, también primordialmente, como ciudadano. *Como escritor, su significado político es de otro nivel, se da implícitamente en la obra y se refiere a una capacidad privativa: la de mantener vivo el margen de la heterodoxia a través de la imaginación verbal.* [...] al hablar públicamente [*el escritor*] le da una voz a la cultura en general y a la literatura en particular: *opone el lenguaje de la pasión, de la convicción, del riesgo y de la duda a un lenguaje: el secuestrado por el poder para dar cimiento a una retórica del conformismo y el engaño.*⁸

Cierto o no el poder liberador en lo social de un ejercicio literario consciente de sí mismo, autorreflexivo, el hecho indiscutible es que el objeto literario se hizo un artefacto cada vez más complejo que planteaba mayores exigencias a su lector. La complejidad del texto literario puede entenderse como una *puesta en forma* de las aspiraciones del escritor a la autonomía plenamente reconocida de su oficio y de su conducta. En otros términos, la conciencia autorreflexiva incorporada a la escritura literaria como un atributo moderno daba curso al rechazo del modelo histórico de acuerdo con el cual, ya en el ámbito del poder público, ya en el de la educación universitaria, la carrera de las letras ofrecía el sustento del orden público.⁹ Así, la literatura reclamaba el estatuto de un poder autónomo, ni funcional ni ajeno ni marginado con respecto de las instituciones de la administración pública, sino contrario a ellas. En esta posición crítica abiertamente asumida y reconocida, el escritor aspiraba a fincar su autonomía.

En lo relativo a la vida política de México, traigamos a cuenta algunas afirmaciones del historiador Enrique Krauze, autor de un panorama sobre la Generación de Medio Siglo que has-

⁸ C. Fuentes, *art. cit.*, pp. 59 y 64. Los hincapiés son míos.

⁹ Julio Ramos, *Desencuentros de la modernidad en América Latina. Literatura y política en el siglo XIX*, México, Fondo de Cultura Económica, 1989, pp. 35-81.

ta hoy sigue gozando de cierta notoriedad.¹⁰ Krauze fecha los antecedentes de la gestión pública de este grupo en octubre de 1945, gracias a la participación del filósofo Emilio Uranga y el poeta Jaime García Terrés en el Congreso de Crítica sobre la Revolución Mexicana. Este acto estimuló el examen crítico de la identidad, los propósitos, los actores y las obras del régimen político emanado del movimiento revolucionario; examen que, desde el punto de vista de las elecciones discursivas y las modalidades disciplinarias que este examen adoptaría en algunos integrantes de la Generación de Medio Siglo, tiene como uno de sus antecedentes más importantes en el campo de los hombres de letras y los del servicio del Estado (entonces no del todo diferenciados entre sí) los ensayos escritos a propósito de la Revolución por Jesús Silva Herzog, difundidos en su revista *Cuadernos Americanos*. Cualquiera que haya sido la influencia efectiva de este acto en los miembros de la generación, el dato registrado por Krauze debe tomarse en cuenta como índice de la vinculación en curso de la Generación de Medio Siglo con la revisión de la historia política de México durante el siglo XX; vinculación que los mismos actores históricos se preocuparán por hacer valer en su propia obra. Así, Krauze no hizo sino convalidar con los instrumentos propios del taller de un historiador los actos del discurso que un sujeto como Carlos Fuentes había venido externando desde 1954, año de la publicación de su primer libro.

¹⁰ Enrique Krauze, "Los templos de la cultura", en R. A. Camp, Ch. Hale y J. Z. Vázquez, eds., *Los intelectuales y el poder en México*, México, El Colegio de México/UCLA Latin American Center Publications, 1991, pp. 595-596. Muchos de los datos básicos utilizados en la caracterización de la Generación de Medio Siglo han sido tomados de este artículo, tales como la zona de fechas de nacimiento de sus integrantes y una aproximación a la nómina de sus personalidades más notables. Este documento es un esbozo de las generaciones que, según el autor, han dominado el proceso de la cultura mexicana en el siglo XX y asigna a la Generación de Medio Siglo los atributos ideológicos y simbólicos que se explican en nuestro artículo.

Al margen de sus postulaciones específicas, la crítica de Silva Herzog contribuyó de modo sustancial a colocar el balance de la Revolución en el terreno propio del debate entre servidores públicos, gente de letras y universitarios. En otras palabras, en el trabajo crítico y editorial que Silva Herzog desarrolló luego de retirarse del servicio del Estado podemos advertir una de los hechos más característicos de la segunda mitad del siglo xx: el traslado de los asuntos concernientes al poder político, fuera del ámbito exclusivo de sus protagonistas, al campo del periodismo, la universidad y la literatura. En consecuencia, un espacio público, propicio para la deliberación entre sujetos semejantes entre sí, no vinculados por relaciones de subordinación, fue configurándose a partir de la discusión del pasado y la naturaleza del orden político de México. En breve, Daniel Cosío Villegas se uniría a Silva Herzog en la construcción de este espacio público, de carácter letrado, sujeto a los hábitos sancionados por las disciplinas profesionales de las Humanidades y las Ciencias Sociales, aunque no especializado, destinado al debate de la vida política en México.

Subrayemos la condición paradójica de este espacio público en vías de consolidarse como horizonte de manifestación de los sectores medios urbanos del país: por una parte, espacio estructurado gracias a las profesiones universitarias; por otro, espacio liberado de las jergas especializadas y del *cursum honorum* de los especialistas. Esta paradoja ratificó el poder y el prestigio de las disciplinas universitarias en la formulación del conocimiento y, al mismo tiempo, liberó estas disciplinas de las aulas multiplicando su difusión por medio del periodismo, las estrategias de la extensión universitaria, los instrumentos de la difusión cultural y el mercado de los libros. Estos hechos fueron posibles gracias a la centralidad que la literatura fue cobrando paulatinamente en esta estructura simbólica. El contrato social de lectura, las orientaciones ideológicas y los instrumentos expresivos que caracterizaron la labor de estos intelectuales han quedado cifrados suficientemente

en el título, en la estructura retórica y en los recursos formales de dos ensayos dados a conocer en aquel periodo polémico: “La Revolución Mexicana en crisis” (1943) y “La crisis de México” (1947).¹¹

Si, por una parte, Jesús Silva Herzog reprochó a la Revolución la “desintegración moral” de sus administradores y la “confusión ideológica” de sus actos de gobierno; por otra, Daniel Cosío Villegas afirmaría que los líderes del movimiento habían sido destructores eficaces de las instituciones del antiguo régimen, pero incapaces para levantar sobre las ruinas de antaño una nueva sociedad. El primero aconsejaba, desde lo más profundo de sus convicciones sociales y económicas, y afligido por un ambiente internacional desalentador, la depuración de la revolución social de 1910; el segundo, a su vez, desde una perspectiva liberal y un temperamento de inclinaciones técnicas, sugería el fin de un periodo histórico dominado por las expectativas revolucionarias y, en consecuencia, el planteamiento de un nuevo ciclo, atenido a un ponderación serena e informada de las condiciones reales de desarrollo en el país. La economía, la sociología y la historia salían de los salones de clases y de los libros especializados para dar sustancia a un espacio público donde, necesariamente, sus enunciados adoptaban una nueva formulación si es que aspiraban a afectar los intereses de un lectorado salido de las clases medias urbanas del país, expuesto en algún grado a los beneficios de la enseñanza universitaria y del desarrollo nacional, pero en modo alguno identificado ni con la clase de los funcionarios públicos ni con la de los profesores. En cualquier caso, tanto Daniel Cosío Villegas como Jesús Silva Herzog contribuyeron a convertir a la Revolución Mexicana, en

¹¹ Jesús Silva Herzog, “La Revolución Mexicana en crisis”, en *Cuadernos Americanos* XI: 5 (septiembre-octubre de 1943), pp. 32-55. Este ensayo se convirtió en un libro al año siguiente, 1944, editado bajo el sello de la misma revista. Daniel Cosío Villegas, “La crisis de México”, en *Cuadernos Americanos* XXXII: 2 (marzo-abril de 1947), pp. 29-51.

tanto acontecimiento capital de la cultura política del país, en materia del conocimiento calificado por diversas profesiones pero no reservado a los especialistas, objeto de debate público y, sobre todo, parte sustantiva del patrimonio simbólico de los *intelectuales*: una figura socialmente construida en trance de acreditarse que, teniendo como base la categoría socio-cultural de los hombres de letras, reclamaba su pleno derecho a intervenir en la consideración de los asuntos públicos con entera independencia de criterio. Desprovistos hasta entonces de un espacio institucional propio, los *intelectuales* hacían de esta intervención en los asuntos otrora reservados a políticos, funcionarios, especialistas y técnicos, el eje de su identidad pública. Anotemos al margen que este estado de cosas que va configurándose en el periodo (y que no es otra cosa sino el nacimiento de un nuevo tejido de la comunicación social), tiene como instrumento básico el ensayo, un género literario lo suficientemente flexible como para acoger en su estructura la proyección en el texto del *intelectual* en ascenso.

En este sentido, todas las páginas que en breve redactarían sobre la Revolución, el régimen político y la estructura social mexicanos Carlos Fuentes, Enrique González Pedrero, Víctor Flores Olea y Jaime García Terrés, entre otros, tiene como antecedente la labor ensayística y editorial de Jesús Silva Herzog y Daniel Cosío Villegas, así como también la orientación ideológica de la revista *Cuadernos Americanos* y la índole de actos públicos como el referido por Krauze; es decir, un acto propio de la extensión universitaria destinado a examinar el pasado reciente de la vida política del país por parte de profesionales educados formalmente pero no especialistas reducidos a sus jergas y al círculo de sus colegas. En última instancia, antecedentes de este tipo indican la constitución de un sujeto enunciante en ascenso (el *intelectual*), un nuevo horizonte de enunciación y un nuevo tejido de los intercambios simbólicos de la sociedad mexicana (el *espacio público* estructurado en torno a sectores medios urbanos y profesionales) que hará posible la gestión pública de los escritores

asociados a la categoría de Medio Siglo. Estos escritores adoptan, en consecuencia, una nueva identidad social: la del hombre de letras que junto con el desempeño de unas tareas literarias cada vez más complejas reclama para sí el derecho de desarrollar una agenda política de carácter crítico amparado en su patrimonio profesional. Una categoría como la de Generación de Medio Siglo es, por sí sola, expresión del nuevo orden simbólico de la sociedad mexicana que venimos exponiendo.

El reconocimiento de esa identidad es absolutamente necesario para comprender a la Generación de Medio Siglo como un lugar de la memoria y un lugar retórico en la historia de México; lugares que recuperan y ponen en forma mediante enunciados inteligibles la voluntad de la época por investir al escritor con la responsabilidad de criticar el orden establecido.

[...] en un país como el nuestro, de estructura democrática tan deficiente, de limitadas posibilidades de expresión política, de enormes problemas irresueltos y aplazados, y de temibles opresivas vecindades [...], el escritor, el intelectual no pueden ser ajenos a la lucha por una transformación política que, en última instancia, supone también una transformación cultural. En gran medida, el escritor, en México, le da una voz a quienes no pueden hacerse escuchar.¹²

Así, la figura pública del escritor mexicano estuvo en condiciones reales de adquirir los atributos de una vieja aspiración en la historia de la cultura de las sociedades occidentales, largamente pospuesta en países periféricos: la del poder espiritual del hombre de letras; un poder crítico, regenerador, esperanzador frente a los principios políticos y económicos de la realidad moderna. Un poder que durante el periodo que nos interesa ya ni siquiera guarda el recuerdo de su estatuto sacerdotal (Paul Bénichou), pero, a cambio, pone en juego las

¹² C. Fuentes, *art. cit.*, p. 64.

capacidades profesionales que la experiencia histórica ha dejado en sus manos, así como también los instrumentos dogmáticos con los cuales la literatura reclama su participación en el espacio público (el ensayo y los géneros del periodismo).

Este poder crítico sobre los asuntos públicos reconocido en el escritor no alteraría el ejercicio de la administración pública en México, pero sí abriría el camino para cambiar los términos del acuerdo celebrado entre el Estado nacional y los escritores mexicanos a partir de los primeros gobiernos estables luego del estallido de 1910. Tanto la identidad social como las tareas ensayísticas de Silva Herzog y Cosío Villegas representan casos muy notables de la crisis del acuerdo que acabamos de señalar y del modo en que se abre paso entre los atributos del escritor la crítica del orden social y la independencia de sus puntos de vista; crítica e independencia que destacan entre los bienes del patrimonio socialmente reconocido que confiere a este grupo una cierta autonomía, permitiéndoles deshacerse de las prendas que hasta entonces le habían granjeado un lugar reconocido en la estructura de la sociedad mexicana: la competencia técnica y la honorabilidad en el desempeño de las tareas que el Estado había confiado a los escritores en beneficio del orden público.

No hablo de un fenómeno cuya discusión pueda agotarse en el alejamiento de ciertos escritores de la época con respecto de los puestos públicos (que ocurre en unos casos y en otros no); me refiero a un cambio en la ubicación reservada a los escritores en la estructura simbólica de la sociedad mexicana y, por consecuencia, una alteración de la índole de los discursos que les son propios. A este respecto, lo que presagiaban los ensayos de Silva Herzog y Cosío Villegas era el fin, como figura privilegiada, del sujeto histórico encarnado por José Vasconcelos secretario de Educación Pública, Alfonso Reyes embajador y delegado del gobierno en foros internacionales, Genaro Estrada subsecretario de Relaciones Exteriores, Jaime Torres Bodet ministro de Estado en dos ramos de la administración pública, por sólo hablar de algunos ejemplos

notables en diversos periodos, e influyentes en la construcción de la figura pública de los escritores durante la primera mitad del siglo XX. El tiempo de los patriarcas literarios del Estado Revolucionario llegaba a su fin. El prestigio de estos personajes no se cancelaría, pero perderían operatividad y funcionalidad; el decoro de su conducta y de sus enunciados caería en desuso y, no pocas veces, en descrédito. En cambio, se acercaba la hora del periodismo radical de Carlos Fuentes, concentrado en asuntos como los movimientos laborales de México durante los años de 1958 y 1959, Rubén Jaramillo, la Revolución Cubana, la injerencia de los Estados Unidos en los asuntos latinoamericanos, las tensiones de la Guerra Fría, el movimiento de países no alineados, la protesta de los estudiantes franceses en 1968, etcétera. El escritor, sin renunciar a su estatuto literario, reorientaría radicalmente sus intereses ampliando espectacularmente el repertorio de sus temas. Al dar forma a tales intereses, proclamaría los índices léxicos del campo del discurso que en muy poco tiempo terminaría por conformar la categoría de la Generación de Medio Siglo: cambio, transformación, novedad, originalidad, futuro, crítica, modernidad... Este campo del discurso hegemónico en la historia de México desde los años sesenta sanciona la estructura simbólica emergente a la sazón en el país y encuentra en la Generación de Medio Siglo una de sus categorías más sólidas. El uso que hagamos de esta noción debería tener en cuenta los principios dominantes que dan testimonio de su historicidad y la de nuestra propia perspectiva sobre la materia.